

La mía es una carrera de brevedad taquigráfica. Tareas breves, estancias breves, faldas breves. Mi agencia de colocación es una cúpula del placer situada en la parte alta de la ciudad, llena de mujeres con aroma a maquillaje y calzado cómodo. Como es habitual, deposito mi situación laboral en sus manos de manicura perfecta. Con fiable alquimia carpiana, amasan mi currículum hasta convertirlo en una sucesión de sueldos que constituyen un sustento. Las llamadas llegan los lunes y los viernes, flanqueando de puestos efímeros cada semana. Como un mecanismo de relojería, como algo más sólido que el tiempo, la agencia parcela mi existencia. Tan pronto demuestro que se puede confiar en mi eficiencia y discreción, me asignan a diversos clientes prioritarios. Trabajos de asistente personal. Trabajos prestando asistencia en asuntos personales. «No hay nada más personal que hacer tu trabajo»: lo leí en el envoltorio de una barrita de cereales camino de la oficina. Un sentimiento lo bastante intenso como para prender de él mi corazón y mi propósito.

Mis novios se refieren a estos puestos como Una Gran Oportunidad, pero ellos son gente corporativa. Se meten en sus despachos con tazas de mensajes cómicos en la mano y las dejan sobre la mesa hasta el día siguiente; los charquitos de lodo dejan teñida la base de cerámica. En los posos del café adivino su fortuna: a mis novios les saldrán canas sentados en estas mismas mesas mientras compran parcelas funerarias del tamaño de un cubículo.

Me preocupan esas pobres tazas desamparadas. Lo tristes que deben de sentirse, lo solas, abandonadas en su propia mugre.

Me preocupa vivir la vida de un recipiente sin lavar. El moho que agrieta el café sobrante, flotando como un nenúfar sobre sedimentos olvidados.

—Pero ¿cuál es el trabajo de tus sueños? —pregunta mi novio el formal, con la barbilla apoyada entre las manos.

—Es difícil de explicar —digo.

—¡Prueba!

Considero mi deseo más profundo. Hay días en los que creo que lo he conseguido, y de repente se esfuma, como un estornudo que te acabas tragando. He oído que al primer asomo de permanencia es posible que se acelere el ritmo cardíaco, y que la sangre suba a las mejillas. He leído los trípticos, los folletos. Algunos eventuales juran que son ese escalofrío, ese pulso elevado, esa comezón de sudor, el mecanismo biológico por el que sabes te está pasando a ti. Me preocupa no darme cuenta, que se me pasen por alto los síntomas de mi propia permanencia cuando esta se presente. *La estabilidad*, que dicen.

«Cuando lo sabes, *lo sabes*», dice el eventual afortunado. «Estas cosas no se pueden forzar.»

Algunos eventuales nunca llegan a ser fijos, y mueren antes de echarle mano a los asideros de la vida.

—El trabajo de mis sueños es uno que dure —le digo a mi novio—. No tiene por qué ser ya, ni de la noche a la mañana. Un día me despertaré y seré igual que tú.

—Cariño, ¡tú puedes ser lo que quieras! —Me alisa el pelo con ambas manos, y al instante se me vuelve a bufar.

Mi novio el formal no vive conmigo; él, que recoge las arañas de mi alfombra y las deja en el alféizar de la ventana. Ninguno de mis novios vive conmigo, pero algunos de sus jerséis de fin de semana sí: echando bolas de pelusa, criaturas peludas en

mi ropero de atuendos corporativos. De vez en cuando le devuelvo el jersey equivocado al hombre equivocado, pero no se dan cuenta. No somos nada a largo plazo, lo saben. Tienen sus noches a la semana, sus semanas al mes, una ristra de jerséis que se extienden de brazos abiertos hacia el domingo como monigotes de lana.

Se los presenté a mi madre, pero solo una vez, atendiendo a las reglas prescritas del modo de vida temporal. Ella evaluó sus fotos por anticipado; se desplegaron de mi cartera en un alargado acordeón que rozaba el suelo de su cocina.

—Este —dijo—. Tiene los ojos bonitos.

—Mi novio el culinario.

—Tendrás siempre la tripa llena. Buena chica. ¿Y este?

—Mi novio el alto.

—Hum. No parece muy alto.

—Bueno, sale cortado.

—Hum.

—Este es mi favorito —dije, revolviendo los selfies y las fotos de carnet. Entornó los ojos para examinar su peculiar sonrisa—. ¿Le das tu aprobación?

—¿Tengo pinta de casamentera, acaso? —me preguntó, y tiró las fotos sobre la mesa, decepcionada ante aquel guiño mío hacia la fidelidad.

En la cocina de mi madre, las tazas estaban limpias y secas y apiladas en un armario alejado. Los vestidos, planchados y almidonados, y sus labios pintados con algo llamado tinte de labios. Hasta cuando no se encontraba bien, se ponía sus pendientes favoritos.

—Céntrate —la oigo decir todavía—, y cuéntame cómo van tus trabajos.

Farren es mi contacto principal en la agencia. Tiene una cara lozana de labios pintados con *gloss*: un dechado convenientemente hidratado de seguridad y autocuidados. Lleva las uñas pintadas siempre con un esmalte de purpurina, las puntas de los dedos destellan al final de sus mangas neutras como constelaciones ocultas asomando entre las nubes. Así pues, estas son las manos que bajan del cielo, pienso, esas manos que revuelven formularios y contratos para garantizarme algún trabajo honrado.

En nuestra primera entrevista, se subió al escritorio y me sentó a mí en su cómoda silla. El arreglo me pareció tan raro y perturbador como si hubiese escalado hasta el techo y me hubiese colgado de un sistema de cuerdas. Me pregunté si sería una prueba, y me esforcé por mantenerme en posición de alerta.

—¿Qué tal? —preguntó, mientras apartaba una pila de papeles para hacerles un sitio a sus piernas.

—Ostras, Farren, es una pasada.

El soporte lumbar me hizo sentir de inmediato relajada, sumida en un trance, o ambas cosas.

¿Me quedé dormida? Tal vez.

Lo que sucedió a continuación, no lo tengo del todo claro. Puede que aquel fuese el momento preciso de telepatía ergonómica, la ocasión de la agencia para adivinar mi mecanismo interno puro. El engranaje secreto, la tuerca o el tornillo que, oculto en mis entrañas, revelaba más fielmente el ritmo de mi potencial como empleada. Y entonces: un escalofrío, una ráfaga de inquietud, como una silla giratoria que se reclina un poco

demasiado atrás. Igual esto es lo que se siente con la estabilidad, pensé, mi mente deslizándose a toda velocidad por un esperanzador y angosto camino. Me tomé el pulso. Busqué alguna melodía, algún timbre, o alguna otra señal imprecisa de que se me hubiera concedido la permanencia.

Pero no: el empleo temporal corría de nuevo por mis venas. Todo volvía a resultar familiar y pasajero.

—¿Estás bien? —me preguntó Farren.

Me pasó un formulario y me dio un toquecito en el codo con la punta, fría y alargada, de una uña centelleante. Solo la uña, no el dedo. No sabía decir si la intención era reconfortar o arañar.

—Sí. Gracias, Farren.

—¡Bien! ¡Porque no querría que te perdieses este puesto de *ensueño*!

Yo tampoco me lo quería perder. No quiero. Relleno formularios, a todas horas. Estrecho manos. Remuneradamente empleada, una y otra vez, una y otra vez. El camino más seguro a la permanencia es cubrir mis puestos, y hacerlo bien.